

GLOSARIO DE REVISTAS

La emoción en la vida actual

Aunque sea tarde, conviene dar cuenta en estas columnas de un trabajo del doctor español don Gregorio Marañón sobre «Patología e higiene de la emoción», publicado en una revista española de suma importancia científica: *Residencia*. Comprende este artículo algunas observaciones de primera importancia sobre la emoción en la vida contemporánea. De ellas haremos un resumen brevísimo.

El doctor Marañón comienza por asentar que «la emoción es el estado permanente del alma moderna». Luego dice: «La Medicina actual ha logrado apagar muchos de los motivos que antes contribuían en mayor medida a la mortalidad humana. Las infecciones, que compartían con el hambre y los terremotos la categoría de azotes de Dios, están casi vencidas ahora, y no terminará este siglo sin que lo estén del todo. Y fuera de la patología infecciosa, el médico y el cirujano cercenan cada día el tanto por

ciento de mortalidad de las demás enfermedades».

Mientras tanto, la humanidad sigue agobiada por el peso de las dolencias, pero estas dolencias son espirituales. No se debe este incremento de las enfermedades nerviosas y mentales al mayor trabajo de los hombres de hoy: «Se ha dicho muchas veces, pero conviene repetirlo: el ejercicio mental puro es prácticamente inofensivo para el cerebro humano. Nadie enferma de pensar demasiado, de investigar, de leer y de crear, por potente y continuado que sea el esfuerzo, siempre que se desarrolle en una atmósfera de paz emocional». «Es la emoción y no el esfuerzo mental lo que perturba el sistema nervioso y el organismo entero, en sus rincones más prosaicos y apartados del eje cerebroespinal».

A continuación, precisa el doctor Marañón lo que constituye la emoción y agrega algunas indicaciones respecto de la emoción provocada y de lo que, en términos científicos, se llama «carga emotiva» y «um-

bral emotivo». En seguida afirma: «Es evidente que el que una idea se transforme en emoción depende de que al proceso intelectual puro se añada la conmoción visceral, y esto depende a su vez de la conjunción de dos factores, que son: de una parte, la «carga emotiva» de la sensación o de la idea; y de otra, la «predisposición emocional» del individuo a la que, empleando una palabra de uso corriente en la Fisiología actual, podemos llamar también «umbral emotivo»; y este umbral emotivo está, en gran parte, ligado al tono funcional del sistema nervioso vegetativo y de las secreciones suprarrenal y tiroidea, íntimamente ligadas con aquél».

Esta frase da luz sobre el carácter especialmente morboso de la emoción. En su proceso se tocan funciones que la Fisiología moderna ha caracterizado como fundamentales para el individuo, y es lógico que de esa alteración resulten consecuencias graves para el equilibrio orgánico. Varios capítulos de su estudio dedica el doctor Marañón a mostrar algunas de esas consecuencias, y aunque estos párrafos de su trabajo nos parezcan los más representativos del pensamiento que se lo ha dictado, no podemos extractar nada de ellos para no prolongar en exceso estas líneas.

Vamos a las conclusiones

que Marañón desprende de su examen: «La altura del umbral de la emoción depende en parte de un elemento tan orgánico, tan accesible a nuestra influencia, como la función de las glándulas de secreción interna»; y más adelante: «En la vida, un sujeto será tanto más emocionable cuanto más intensa y rápida sea la función de su tiroidea, y por ello, en general, encontraremos los ejemplos de afectividad más profunda y compleja en los hombres delgados, de reacciones motoras vivas, de mirada inquieta y pelo obscuro y abundante; rasgos que corresponden al temperamento tiroideo, el mismo que Huarte, nuestro Lavater del siglo XVI, llamaba «caliente y seco». En tanto que las sensibilidades embotadas y lentas corresponderán a los hombres con función tiroidea de bajo tono, y por esta razón, obesos, parsimoniosos, calvos y de cabellos claros. Cuando Cervantes hacía de Don Quijote un hombre alto y delgado, y de Sancho un sujeto rechoncho, no se fundaba en un mero capricho, sino que obedecía, como en tantos otros aspectos de su libro inmortal, a un profundo instinto biológico».

Examina luego Marañón, brevemente, cuáles son las relaciones que es posible establecer entre los diversos temperamentos emocionales y las razas humanas, y cuáles, en fin, las

modificaciones que la edad y el sexo introducen en la emotividad. En seguida se ocupa en estudiar la máxima tensión de los nervios humanos, que se sufre hoy día en todo el mundo. El hombre es hoy un receptáculo de todo lo más remoto: «Antes, su atmósfera afectiva, por violenta que fuese, terminaba a unas leguas de distancia. Ahora, cada hombre civilizado es el centro receptor de un mundo de emociones tan extenso como el globo terráqueo».

La tragedia emocional del mundo moderno es, pues, de proporciones inmensas; difícil parece hallarle remedio adecuado. Para Marañón, se acerca una crisis de la civilización

actual y, con ella, el conocimiento de la forma de salir del mal. «Es evidente—dice—que todas las pretendidas excelencias de la vida moderna suponen un apartamiento de las leyes naturales, y en esto estriba su peligro. El hombre actual ha perdido el contacto con la naturaleza, y por ello el ritmo de su vida se adelanta peligrosamente al ritmo inquebrantable del cosmos. Y este pecado cronológico es mucho más grave que todas las intemperancias y todos los venenos que persiguen las leyes. El antídoto de la prisa y de todos los peligros afectivos que nos acechan, habrá, pues, que buscarlo sencillamente en la naturaleza».—S.